

Biopolítica colonial

Desde antes de tomar la primera bocanada de aire, la muerte y la enfermedad transitan por nuestras venas; nadie nos puede sustraer de su sino, que a todos nos alcanza íntimamente y que nos constituye como seres enfrentados a la degradación y al fin. Trabajamos, amamos, escribimos y pensamos en declive y frente a la muerte, como quien arroja “piedrecillas al cielo”, en una terca afirmación vital. Pero la vida y la muerte, la salud y la enfermedad tienen otra dimensión, abstracta y política, en la que no hay sujetos ni nadie propiamente dicho; en la que ningún individuo vive ni muere su vida ni su muerte; en la que nadie enferma ni sana. Se trata de un plano abstracto, y que no por ello tiene menos incidencia en el mundo; un plano en el que las pérdidas y ganancias de la salud y la enfermedad, de la vida y la muerte no se predicán de sujetos, sino de sistemas.

La vida y la salud de la población son, en la modernidad, preocupaciones políticas, asuntos de Estado. La vida es objeto de la economía política y por lo tanto, campo de intervenciones, cálculos, mediciones y gestiones gubernativas. Incluso cuando el Estado abandona ciertas poblaciones en manos de la enfermedad y de la muerte, lo hace como resultado de un cálculo de rentabilidades, gastos y pérdidas. Y es que de la vida y la salud de la población depende el trabajo y la producción y, en últimas, hasta el Estado mismo.

En su lección del 17 de marzo de 1976, Michel Foucault se refirió a esta injerencia moderna del Estado en la vida como “una toma de poder sobre el hombre en tanto ser viviente” y “una *suer- te de estatalización de lo biológico*” en las cuales emerge el poder político de “hacer vivir” (“Del poder de soberanía” 193, 194). Y en *Historia de la sexualidad 1. La voluntad del saber*, reitera que

la biopolítica operaría como una tecnología de gobierno *inclusiva de la vida* que la convierte en campo de acción política: “Habría que hablar de ‘biopolítica’ [precisamente] para designar *lo que hace* entrar a la vida y sus mecanismos en el dominio de los cálculos explícitos [de gobierno] y convierte al poder-saber en un agente de transformación de la vida humana” (1: 133; énfasis nuestro).¹

Hoy el Estado neoliberal abandona el cuidado de la vida y avanza la concepción de la salud como un asunto de la esfera privada y como otro modo de producir rentabilidad y ganancias; la salud se convierte de este modo en una inversión privada, un bien en el mercado, y deja de ser considerada como un servicio público o un derecho humano. En otras palabras, el Estado hoy responde cínicamente al reclamo lascasiano de que el soberano se ocupe de la salud y de la vida, expresando su desinterés político/público y abandonando ambas al interés privado.

La emergencia de la biopolítica se asocia normalmente a los siglos XVIII y XIX, a la Ilustración, a la consolidación del capitalismo industrial y al imperativo económico de la reproducción del trabajo. Sin embargo, la razón biopolítica asoma ya en los albores coloniales de la modernidad en el siglo XVI y es inseparable de un humanitarismo cristiano que, en la coyuntura de la expansión colonial y en aras de la salud del reino, imaginó campos de vida en medio del imperio de la muerte.

Creemos que la Conquista no fue simplemente un movimiento expansivo de reterritorialización que puso bajo la soberanía de la Corona española vastas tierras y numerosos pueblos, sino sobre todo una masiva instrumentalización de la vida de los otros. Los análisis biopolíticos —de corte eurocéntrico— generalmente han ignorado las experiencias específicas de dominación y gobierno colonial de la vida que siguieron al “descubrimiento” de América, cuando numerosísimos grupos humanos fueron subyugados, vistos y gobernados como *rebaños humanos*, sometidos a procesos de conversión, trasladados de una zona a otra, de un continente a otro, de una isla a otra, racializados, reducidos y confinados para su mejor gobierno y explotación, y sus vidas fueron consideradas en cálculos

1 A menos que se indique lo contrario, todos los énfasis en las citas son nuestros (cursivas).

demográficos, políticos y económicos. Para la administración de estas heterogéneas poblaciones se desplegaron diversos modelos de gubernamentalidad e ingentes formas de evaluación, medida, administración y control militar, laboral, religioso y jurídico. Entre estos despliegues para el manejo de la vida podemos mencionar el repartimiento en encomienda, la mita, la hacienda, el ingenio, la misión, las reducciones y pueblos de indios, y otras muchas formas de organización, regulación, explotación y gobierno de la vida. Estos diseños no fueron precursores de la biopolítica, sino plenamente biopolíticos. Dicho de otra manera, mediante diferentes diseños de gestión y gobierno de la población indígena y africana y de la explotación de sus cuerpos, el colonialismo en América constituyó el primer y, tal vez, el mayor despliegue biopolítico de la modernidad.

Este libro trata de los comienzos de la conquista y colonización de las Indias,² de la emergencia del pensamiento biopolítico colonial y de una serie de proyectos tempranos de Bartolomé de las Casas, uno de los más importantes historiadores, escritores y pensadores del siglo xvi. Debemos advertir que el Las Casas al que nos referimos aquí no era aún el fraile ni el pensador erasmista de *De unico vocationis modo*, ni el teólogo polemista del debate de Valladolid, ni el *advocatus* de la *Brevisima relación de la destrucción de las Indias* (1552), ni tampoco el sesudo autor de los ocho *Tratados*. Es un Las Casas tempranísimo que quiere modificar la historia en marcha, confiado en el poder del discurso, en la *justicia de Dios en la tierra* y en la inteligencia del poder, sin la perspectiva ni el lúcido desencanto que leemos en su monumental *Historia de las Indias*. Este es un Las Casas que acababa de dejar su encomienda y que aspiraba a educar al príncipe y reformar el más violento y mortífero colonialismo proponiendo alternativas a los procesos de instrumentalización y agotamiento de la vida que marcaron las primeras tres décadas de la conquista y colonización española de las Indias.

2 Desde comienzos del siglo xvi, las Indias son entendidas como una serie de islas y territorios sobre los cuales se había extendido a la fuerza la soberanía de la Corona española, e incluían las Antillas Mayores y parte de la costa atlántica de Tierra Firme. El dominio ultramarino tiene su primer centro en La Española y de allí alcanza otras islas y varios territorios y pueblos del continente (las costas de Panamá, Colombia y Venezuela; y luego, Yucatán y México).

1. ¿Bio-qué?

Biopolítica es un término cuya extrañeza y dificultades no se han resuelto aún después de más de cinco décadas de circulación académica, luego de que Michel Foucault lo propusiera a mediados de los setenta;³ primero, al hablar del nacimiento de la medicina social (contrapuesta a la medicina individual); luego, del modelo jurídico del *poder soberano* punitivo al cual se contrapondría el biopolítico; y más tarde, al volver sobre las formas no individualizantes ni disciplinarias en las que el poder se relaciona con la vida.⁴ Hemos escogido una aproximación foucaultiana por su referencialidad histórica (que discutimos, pero que encontramos enriquecedora); por su lucidez filosófica (que intenta pensar el poder sobre la vida en sus dimensiones individualizantes-concretas y globales-abstractas), y porque su conceptualización de la biopolítica es inseparable de la modernidad (que nosotros leemos como modernidad colonial). Foucault pudo haber llamado a esta intersección conceptual algo así como “políticas globales sobre la vida” o “intervenciones gubernativas de lo biológico-social”; sintagmas que, aunque ciertamente menos sintéticos, expresan el tema central de la biopolítica foucaultiana: las mediciones, cálculos y gestiones gubernativas de la vida de la población, en cuanto factor fundamental de la economía política.

Parte de las dificultades del giro biopolítico resultan del hecho de que el término combina dos conceptos muy complejos —vida

3 Foucault no fue el primero que usó el neologismo *biopolítica*; Roberto Esposito rastreó algunas de esas ocurrencias, relativamente disímiles que, sin embargo, nos parece que no iluminan el poder gubernativo de “hacer vivir y dejar morir”. Según Esposito, el término *biopolítica* fue acuñado por el sueco Rudolf Kjellén (1916) y usado por varios ensayistas alemanes como Karl Binding (1920), Eberhard Dennert (1922) y Eduard Hahn (1926), quienes propusieron una visión organicista y vitalista del Estado que más tarde fue empleada por el nacionalsocialismo alemán (*Bíos* 27-28). Esposito también rastrea el uso del término en Aron Starobinsky (1960)—quien sostiene que “la biopolítica es un intento de explicar la historia de la civilización sobre la base de las leyes de la vida celular y de la vida biológica más elemental”— y en un grupo de politólogos norteamericanos de los setenta y ochenta que insisten que la naturaleza es el “parámetro privilegiado de la determinación política” (35-40).

4 Nos referimos a “El nacimiento de la medicina social” (1974), “Del poder de soberanía al poder sobre la vida” (en *Il faut défendre la société*, 1976) y “Derecho de muerte y poder sobre la vida” (en *Historia de la sexualidad 1. La voluntad de saber*, 1976).

y política— que son objeto de diversos campos del saber (desde la filosofía, la teología, la economía y el derecho hasta la biología, la antropología, la sociología y la medicina). Además, las nociones de la *vida* biológica son múltiples y no coincidentes, y la de *política* ofrece aún mayor heterogeneidad semántica. Foucault indicaba, respecto de lo primero, que “la noción de vida no es un concepto científico, sino un indicador epistemológico que permite la clasificación y la diferenciación; sus funciones ejercen un efecto sobre las discusiones científicas, pero no sobre su objeto” (en Esposito, *Bíos* 50). La *vida* de la biopolítica parecería por momentos un fenómeno independiente sobre el cual se volcaría el poder político, lo cual es equívoco. Debe resistirse la división esencialista entre *vida* y *política*.⁵ Para Foucault —como observa Roberto Esposito— vida y política están ya en una relación dialéctica que no admite que un término determine al otro; la vida y la política son dos ámbitos que no se pueden pensar por separado, ya que están completamente entrelazados: “La vida en cuanto tal no pertenece ni al orden de la naturaleza ni al de la historia —no se la puede ontologizar simplemente, ni historizar por entero—, sino que se inscribe en el margen móvil de su cruce y de su tensión” (*Bíos* 25, 50-54). Según Giorgio Agamben —quien distingue entre *bíos* (vida calificada políticamente) y *zōē* (simple vida biológica)—, cuando la filosofía o el pensamiento se ocupan de la vida, esta es ya una vida en relación con el poder, con la ley y con la *polis*; en otras palabras, cuando mentamos la biopolítica no hablamos de un fenómeno propiamente moderno sino tan antiguo como las sociedades humanas.⁶

5 Matías Sabel, siguiendo a Esposito, indica que “la vida no puede considerarse un sustrato natural de la acción humana”, sino “una producción histórica” producto cambiante de los “aparatos de poder y conocimiento que abarcan prácticas y discursos”, si bien “la decisión política sobre qué vida debe ser protegida y cuál debe ser cegada siempre ha estado en juego en todas las sociedades” (“Biopolitics” 111-12; traducción nuestra). En el mismo sentido, véase Ignacio Mendiola (7-29).

6 Según Agamben, “los griegos no tenían un solo término para expresar lo que entendemos por ‘vida’. Utilizaban dos que, aunque rastreables a una raíz etimológica común, son semántica y morfológicamente diferentes: *zōē*, que expresaba el mero hecho de vivir común a todos los seres vivos (animales, hombres o dioses), y *bíos*, que indicaba la forma o modo de vida propio de un individuo o de un grupo [...]. En el mundo clásico, sin embargo, la vida natural simple está excluida de la polis en el sentido estricto y permanece confinada —como mera vida reproductiva— a la esfera

Ahora bien, la distinción entre la vida políticamente calificada y la meramente biológica apenas si contribuye al entendimiento de la biopolítica foucaultiana, la cual no se ocupa del *zōē* sino del bios, como anota Esposito (*Bíos* 48-49). Según Foucault:

Si la cuestión del hombre fue planteada —en su especificidad de ser viviente y en su especificidad en relación con los seres vivientes—, debe buscarse la razón [de la biopolítica] en el nuevo modo de relación entre la historia y la vida: en esa doble posición de la vida que la pone en el exterior de la historia como su entorno biológico y, a la vez, en el interior de la historicidad humana, penetrada por sus técnicas de saber y de poder. (*Historia de la sexualidad* 173-74)

Como bien indican Esposito y Thomas Lemke, la biopolítica no es una teoría de la vida como base de la política (política de la vida) ni de la vida como objeto de la política (política sobre la vida); en el pensamiento *propriamente biopolítico* —a la Foucault—, política y vida están imbricadas histórica y filosóficamente (Esposito, *Bíos* 48; Lemke 4-9). Por un lado, el poder político es siempre poder sobre la vida: todas las prácticas políticas de gobierno e insubordinación tienen como objetivo una vida calificada políticamente; y por otro, la vida se enreda y enfrenta con el poder que intenta regirla y controlarla: la vida calificada coacciona el poder, como cuando un fenómeno de despoblación pone en juego la supervivencia del Estado y obliga a que este se ocupe, intervenga y promueva la natalidad. En otras palabras, la biopolítica opera como un despliegue del poder sobre la vida (*bios*) y también como una irrupción de la vida en la política. Poder y vida, vida y poder, están trabados dialécticamente en la biopolítica.

2. Población y trabajo-vivo

Es importante insistir en que “la biopolítica trabaja con la población. Más precisamente: con la población como problema bioló-

del *oikos*, ‘hogar’” (*Homo Sacer* 4; traducción nuestra). Jacques Derrida cuestiona el fundamento filológico de esas distinciones supuestamente aristotélicas y se pregunta por la distinción, si la hay, entre vida y muerte (*The Beast* 1: 315-30). Siendo esta distinción profundamente indeterminada e indeterminable, y siendo la muerte parte de la vida, la distinción entre *bios* y *zōē* colapsa por su formulación dicotómica.

gico y como problema de poder” (Foucault, “Del poder” 193-96); con el desafío de *producir una población productiva*. La vida de la población —y no simplemente la vida— es el campo de intervención gubernativa de la biopolítica; una suerte de equivalente global de la noción de *sujeto* que no debe confundirse con la agrupación de estos, ni mucho menos, con la ficción jurídico-política de *pueblo* (Foucault, “La ‘gubernamentalidad’” 212-15; Castro-Gómez, *Historia* 63).

La *población* es un concepto clave de la economía política que Foucault define de manera un tanto poética como nuevo cuerpo político: “múltiple [y] con una cantidad innumerable, si no infinita de cabezas” (“Del poder” 198). Tradicionalmente, se considera que la emergencia de la categoría de *población* dentro de la economía política ocurre en el siglo xviii, cuando el sistema capitalista sobrepuso la noción de *productividad* al amorfo conjunto social; algo que Marx señaló de manera explícita al indicar que “lo real y concreto” del análisis económico es la *población*, y que ella constituye “el supuesto efectivo; [... y] *la base y el sujeto del acto social de la producción en su conjunto*” (*Introducción general* 50). Sin embargo, como Marx anotó, la “población es una abstracción” y “una representación caótica del conjunto” que necesita una precisión analítica (50).

Mientras que el *pueblo* es un concepto que remite al sujeto colectivo de la soberanía política de las democracias occidentales (el sucesor del monarca después de las revoluciones liberales), la *población* es un concepto difuso que funciona tanto en la economía política —en donde se identifica con la riqueza del Estado moderno— como en la demografía —donde corresponde a un cálculo cuantitativo de la vida humana resultado de una proyección estadística de ciertos muestreos (Spiegelman 330-51)—. La *población* es una cuenta compleja y calificada de la vida humana en un territorio y un tiempo determinado y referida a procesos productivos globales.

Aunque se dice que la moderna categoría económico-política de la *población* surge en el siglo xviii,⁷ existen teorizaciones políticas

7 Según Francisco Vázquez García, en el siglo xviii, con las reformas borbónicas, la *población* llegó a considerarse una de las más importantes riquezas que el soberano debía administrar y mejorar: los súbditos debían ser no solo numerosos, sino también útiles, por lo que correspondía al Estado diseñar e implementar una serie de medidas biopolíticas respecto de asuntos como la inmigración, la vagancia,

de la *población* anteriores, como la de Jean Bodin (1530-1596), para quien la multitud de hombres es la mayor riqueza y poder del reino. René Gonnard ha estudiado y rastreado diversos conceptos políticos y económicos de la *población* desde el siglo xv y ha mostrado cómo paulatinamente una noción valorada desde la religión se fue politizando y convirtiéndose en objeto de reflexiones sobre la soberanía, el Estado y el gobierno. Sabemos que el mercantilismo ya “adopta una actitud [...] altamente favorable a una población numerosa, ya no por motivos tomados de argumentos, de textos o de concepciones religiosas, sino por razones económicas” (Gonnard 77). Las Casas es un pensador temprano del mercantilismo, teoría para la cual la población empieza a ser un factor cuantitativo de la economía: a mayor población, mayor producción y riqueza.

El *poder pastoral*, según Foucault, antecede e informa al biopoder; esto es, al moderno gobierno de la población (biopolítica y gubernamentalidad) y de los sujetos (anatomopolítica y disciplina).⁸ El gobierno del pastor sobre los hombres implica dirigir y cuidar al rebaño y a cada una de sus ovejas; regir a la multiplicidad y al individuo: *Omnes et singulatim* (*Seguridad* 150-57). Más adelante, nos referiremos al gobierno disciplinario del individuo en relación con el gobierno biopolítico de la población. Por el momento, baste aclarar que en la biopolítica, *gobernar* “significa administrar ade-

la salud pública, la pobreza, la criminalidad y especialmente el *trabajo*, todo lo cual permitiría el fomento de la agricultura y la industria y aumentaría la riqueza material del reino (133-55). La consideración “de la *población* como una instancia inmanente al Estado fue una constante de las políticas y del pensamiento español en el curso de los siglos xvii y xviii, desde los arbitristas del período barroco hasta los reformadores ilustrados” (135). Entre estos últimos son notables en España los tratados de Bernardo Wård (1761) y Pedro Rodríguez Campomanes (1774) (Jáuregui y Solodkow, “Biopolítica colonial” 140-68).

8 Para Foucault, el *poder pastoral*, de origen hebreo, fue desarrollado e institucionalizado por el cristianismo entre el siglo iii y el xvi: “en el cristianismo el pastorado produjo todo un arte de conducir, dirigir, encauzar, guiar, llevar de la mano, manipular a los hombres, un arte de seguirlos y moverlos [...], un arte cuya función es tomarlos a cargo colectiva e individualmente [...] en cada momento de su existencia. [...]. Ninguna civilización, ninguna sociedad fue más pastoral que las sociedades cristianas desde el final del mundo antiguo hasta el nacimiento del mundo moderno”. El poder pastoral sería el trasfondo histórico y el origen de la *gubernamentalidad* moderna “cuya aparición en la política marca, a fines del siglo xvi y durante los siglos xvii y xviii, el umbral del Estado moderno” (*Seguridad* 193).

cuadramente las riquezas, el territorio y, sobre todo, las poblaciones. Ya no se trata de un modelo jurídico, sino de un modelo económico. [...] La población es un conjunto de procesos (no de personas), y el ‘arte de gobernar’ debe conocer estos procesos a fondo con el fin de generar técnicas específicas que permitan gobernarlos” (Santiago Castro-Gómez, *Historia* 47, 63). Las áreas de intervención gubernativa de la vida de la población son: la simple demografía o cuenta (ascendente o descendente); la atención de las necesidades básicas de sostenimiento de la vida, como la alimentación; el área de la salud (conducente a la habilidad laboral); y la regulación del trabajo (127-30). Uno de los aspectos más interesantes de las propuestas de Las Casas es la aparición de la categoría económica de *población* o, más exactamente, de *despoblación*. Las Casas no usa el vocablo *población*, sino palabras como *gente* e *indios*, aunque se refiere claramente a la vida indígena en su forma global y como categoría económica. El clérigo hablará de islas “despobladas” refiriéndose a la extinción de la vida en su dimensión colectiva; situación frente a la cual propone una biopolítica para la población indígena. El pensamiento biopolítico lascasiano se ocupará de la cuenta demográfica (la despoblación), de la intervención de las condiciones mínimas de la vida —como la alimentación y el descanso—, de la salud y de la regulación del trabajo en el marco del proceso productivo.

La *población* de la biopolítica es un problema “económico y político”, una categoría compleja del proceso productivo: “población-riqueza” y “población-mano de obra”; el campo de acción de la biopolítica es entonces definido por mediciones de fenómenos globales referidos a la *vida de la población* como la natalidad, la mortalidad, la longevidad, la salubridad y la productividad (*Historia de la sexualidad* 35; “Del poder” 196). Esto quiere decir que la vida que la biopolítica mide y gestiona es una vida en la que lo singular se indiferencia; en la que importa no el hambre o el dolor de un niño, por ejemplo, sino la nutrición infantil. Asimismo, la muerte de la biopolítica no es la muerte de una mujer o de un hombre con historias, afectos y sueños, sino un fenómeno demográfico; un factor que se expresa en una línea de datos de una gráfica; una línea que no representa nunca la muerte de alguien, sino la muerte como fenómeno: la mortandad, una disrupción económica o política relacionada con variaciones en la capacidad productiva o